

que hubiese tardado todo se hubiese deshecho,» se propuso armonizar á todos. Destituyó á Vallés, autorizó duros castigos, produjo grandes disidencias, se aumentaron las anteriores, y la causa carlista nada ganó con el mando del nuevo jefe. Fué desventajoso para ellos el combate sostenido en Gandesa, que puso en triste evidencia al director militar de don Alfonso. Dobles en número los carlistas y esperando estos en buenas posiciones, no se ostentaron allí ni los mas rudimentarios conocimientos estratégicos. El combate sostenido días despues en las inmediaciones de Alcora, no dió mas resultado positivo que el derramamiento de preciosa sangre. Recorrió don Alfonso diversos pueblos de las provincias de Castellon y Valencia, estuvo en Segorbe y en Chelva, revistó todas las fuerzas, se encontró con que apenas ascendían las de Valencia á 8,500 infantes y 600 caballos, no muy ordenadas, pues á no existir este defecto, siendo como eran superiores en número á las liberales, que apenas tenían mas que una columna para operar contra sus enemigos, no hubieran necesitado estos internarse en las montañas para evadirse de la persecucion de Montenegro, que tenía á la vez que atender á las excursiones de las fuerzas de Cuccala, que no dejaron muy gratos recuerdos en pueblos como Almazora, Burriana y Villareal, llegando á intentar apoderarse de Castellon de la Plana, cuyo bloqueo establecieron.

Encomendada á don Romualdo Palacio la capitania general de Aragon, púsose á la cabeza de las tropas que habian de conducir numeroso convoy á Morella y Alcañiz. Al saber Marco el intento del liberal, se propuso impedirlo en las posiciones de la Pobleta, y dado caso que llegase á Morella, bloquearle, puesto que el país estaba dominado por los carlistas, y despues batirle á su salida, por ser inmejorables las posiciones que podian escogerse en aquel terreno accidentado. Trabóse en efecto el combate en la Pobleta; sostúvose bien la pelea por una y otra parte, pero fueron vencidos los carlistas y los vencedores entraron en la Pobleta y el mismo día en Morella, cuya guarnicion les recibió con entusiastas aclamaciones. Trataron los carlistas de indemnizarse con la toma de Teruel del fracaso de apoderarse del convoy destinado á Morella, pero la defensa que hicieron los liberales de la ciudad fué valiente, y si hubo carlistas que abriendo boquete en la muralla exterior, y otros que atravesando rápidamente el espacio que mediaba entre las casas del arrabal y la muralla colocaron en ella dos escalas, unos quedaron prisioneros y otros muertos. Culpóse á Marco de faltas cometidas por Villalain y otros, y se le prendió, lo cual fué origen de hondas disidencias; y para indemnizar don Alfonso el fracaso de Teruel, pensó apoderarse de Cuenca, por lo que reunió las fuerzas de Valencia, del Maestrazgo y las de Castilla, una batería de montaña y cerca de 300 caballos.

Al saberse en Cuenca que los carlistas estaban en La Cierva, á 26 kilómetros, cundió la alarma; los liberales que habitaban la parte baja de la ciudad desalojaron sus casas, refugiándose dentro de la ciudad fortificada; se reconcentraron en la plaza mayor las autoridades y las fuerzas, que se distribuyeron convenientemente; se avisó al gobierno y al capitán general del distrito, y con oportunidad, porque á poco fué cortado el telégrafo, y se aprestó la autoridad militar á resistir cuanto le fuera posible.

Acercáronse aquella noche los carlistas á la plaza, tomaron buenas posiciones, y al amanecer del 13 comenzó el ataque, extendiéndose á poco el fuego por toda la línea, sosteniéndole con teson unos y otros combatientes. Continúo el fuego y las peripecias de la acometida y la defensa hasta las siete de la tarde, en que, previa la peticion de parlamento, intimó Freixa la rendicion, contestando La Iglesia que no se rendía; prosiguió el fuego toda la noche, avanzando terreno los sitiadores; con el alba del 14 efectuaron un asalto general, arrojando al mismo tiempo granadas sobre la ciudad; fué valerosamente rechazado y lo fueron los zuavos que audazmente atravesaron despues sigilosamente el Huécar por cerca de su desembocadura en el Júcar, para atacar por la espalda á los defensores de la puerta de Madrid é Instituto, obteniendo el mismo éxito las tentativas hechas por la calle del Agua y otros puntos; consideran imposible algunos carlistas la conquista de Cuenca, se

obstinan otros en élla, se dan terribles órdenes para el asalto, prosigue el ataque, y contando los sitiadores con inteligencias y buenos amigos en la poblacion, penetran en la calle de la Moneda; se traban combates heróicos esperando la pronta llegada del debido socorro; pero no acudia este, engrosaban los carlistas, se hacían inútiles los denodados esfuerzos de los liberales, pidió La Iglesia parlamento, cesó el fuego por ambas partes, esparciéndose la voz de que las carlistas no daban cuartel, mandóse romper nuevamente el fuego: gritaron aquellos no se hiciese que habia cuartel; se fueron acercando los pocos defensores que aun rodeaban á su jefe, y en breve se vieron acorralados y prisioneros, no habiendo lugar para capitulacion alguna.

El botin fué considerable: cuatro piezas de artillería, mas de 800 fusiles y carabinas y gran cantidad de municiones. Excedió de 800 el número de prisioneros (1), incluso muchos paisanos, á los que se prendió arbitrariamente. La pérdida de los carlistas se ha hecho ascender á cerca de mil entre muertos y heridos. La gloria que pudieron haber adquirido con su triunfo, la eclipsaron con los excesos y asesinatos que cometieron. Los incendios que produjeron no tenían mas objeto que destruir y hacer daño. Ni la prudencia, ni la generosidad, ni la nobleza siguieron á la victoria. Cuenca pudo y debió haber sido auxiliada: las tropas que guiaba el general Soria Santa Cruz, á las que se unieron las de Araoz y Fajardo, formaban todas un contingente de 7,000 hombres con seis ú ocho piezas de artillería rodada. Justos y no desmentidos fueron los cargos que se dirigieron al poco activo jefe de aquellas fuerzas.

Lisonjeado don Alfonso por el resultado obtenido en Cuenca, aspiró á mayores empresas: reunió en Jérica gran parte de los carlistas de Valencia y del Maestrazgo, y fué á atacar á Teruel, de cuyo sitio le obligó á desistir la columna liberal que acudia en auxilio de aquella plaza. Ya no se veía aquel país tan desatendido, porque se organizó un ejército compuesto de cuatro divisiones, fuertes cada una de ocho batallones, con su correspondiente dotacion de caballería, artillería y cuerpos auxiliares, se dió á don Manuel Pavía el mando en jefe, y mientras este se aprestaba á operar, atacaban los carlistas á Alcañiz, á pesar de estar fortificada, guarnecida y artillada, por lo que fueron infructuosos los esfuerzos que hicieron los sitiadores, que se retiraron hácia Valencia á la vez que Pavía se dirigía á Aragon. Trataron los carlistas de esta tierra de molestarle en su marcha á Morella por la Coguilla y la Pobleta, mas les venció el jefe liberal y siguió adelante. Relevó la guarnicion de Morella y atendió á sus necesidades; corrió hácia Valencia en busca de don Alfonso, quien por su parte no rehuía el combate y tomaba posiciones en Vistabella: aquí se dispuso á atacarle Pavía, y este, al empezar el movimiento, supo su relevo por el general Jovellar y dejó el mando (2).

Tuvo lugar por este tiempo una atrevida excursion carlista, guiada por el distinguido jóven oficial que fué del ejército don Miguel Lozano y Herrero, que saliendo de Chelva con 500 infantes y unos 40 caballos, atravesó el Cabriel, penetró en Casa-Ibañez, Alcalá del Júcar, Tobarra, Hellin y Lorca, prosiguiendo su atrevida expedicion sin que nadie le interrumpiera; cruzó los rios Munda y Segura por el puente de Agramont; en Jumilla, su pueblo natal, le recibieron con verdadera ovacion; abriéronle sus puertas Aspe y Elche, donde se le unieron mas de 200 voluntarios, así como en Orihuela, cuyos pobladores carlistas le recibieron con repique de campanas y vítores; hizo frente en Cieza á sus perseguidores, peleando con bravura, y no llevaba la peor parte en la lucha cuando le avisaron la llegada de otra columna á retaguardia, y se retiró á Jumilla, y de aquí á Yecla y Bogarra. Abandonado por la fortuna, que hasta entonces le habia son-

(1) 700 de estos fueron á poco rescatados por las fuerzas que mandaba el coronel Lasso y Cobo.

(2) Los generales Pavía y Serrano Edoya han publicado sendos folletos sobre las causas que motivaron la divergencia de ambos, como jefe del ejército del Centro uno y ministro de la Guerra el segundo, de todo lo cual y de diferentes sucesos relacionados con la guerra del Centro, se dan pormenores en la *Historia Contemporánea*.

reido, y permitiéndose ó permitiendo inútiles y bárbaros fusilamientos, siguió en mal estado hasta el límite de la provincia de Albacete, muy mermada ya su gente, y aunque podia considerarse seguro marchando á su punto de partida, se creyó en el deber de ir al Norte á dar cuenta á don Carlos de su algarada, se separó de su fuerza con algunos oficiales que no quisieron abandonarle, y conocido y preso en Linares, fué sentenciado á muerte, sufriendola con valor sereno y resignacion cristiana. En un mes recorrió cuatro provincias y recaudó un millon de reales.

Mas experto Cuccala y con cuádruples fuerzas, efectuó otra expedicion lucrativa de siete dias, no aventurándose á donde no pudiera tener segura la retirada. Aunque entró en poblaciones como Onteniente, Alcoy y Almansa, no obtuvo buen resultado y cometieron punibles excesos sus insubordinados voluntarios.

Viendo don Alfonso la imposibilidad de organizar los carlistas del Centro y ofendido por la separacion de este ejército del de Cataluña, lo cual destruía sus planes, pidió á su hermano licencia para marchar al extranjero, y concedida, se despidió en Gandesa de sus tropas. Quedó Velasco á su frente, teniendo que acudir presuroso á contener á Jovellar, que saludó al ejército el 25 de octubre en Castellon, invadió el Maestrazgo, llegó á puntos que se creían inaccesibles, destruyó fundiciones y parques de artillería, fortificaciones y hospitales, cogiendo cañones y muchos efectos, lo cual era un mal principio para el mando de Velasco que pudo haber obtenido un valioso triunfo en Bechi, si hubiera estado bien dirigida y mejor ejecutada la sorpresa. No preparó mal el ataque á la brigada Despujol, dividida en Culla, Arés y Villafranca del Cid, y aislada de las demás fuerzas que operaban en el Maestrazgo; Cuccala y Gamundi cayeron por diferentes puntos sobre los liberales, inferiores en número, obligó Gamundi á sus contrarios á abandonar el pueblo, dejando algunos prisioneros y la brigada de equipajes; viéronse perdidos los liberales, envueltos por todas partes y sin poder retroceder al pueblo; pero el desórden con que peleaba la gente de Cuccala y la brillante carga que dió la caballería de Despujol, dió paso á la columna liberal, que pudo seguir á Morella.

Proponíase Velasco contener la insubordinacion de su gente y los desmanes de algunos jefes, cuando fué relevado por Lizárraga, al que entregó el mando en jefe en San Mateo el 6 de diciembre, quedándose con la comandancia general de Valencia y del Maestrazgo que antes ejercía. Procuró Lizárraga organizar y entusiasmar á su gente; envió el dinero recaudado por Lozano en su expedicion, para comprar 4,000 fusiles y una batería Whitworth; encomendó á Vallés recorrer las provincias de Guadalajara y Cuenca; á Gamundi operar por Calatayud y Daroca, recorriendo Lizárraga el Maestrazgo y Valencia; moviéronse activas las fuerzas liberales para inutilizar estas excursiones, abundosas en desastres, y como si estos no fueran bastantes, decretó Lizárraga la destruccion de los ferro-carriles de Zaragoza y Valencia, para lo cual comisionó partidas que no causaron todos los destrozos que se les ordenara, por evitarlo la actividad y vigilancia de las columnas liberales. Proponíase Lizárraga conseguir por el terror lo que no podia por otros medios, no obteniendo el resultado que esperaba para hacer de este modo mas lisonjera la situacion de los carlistas en el oriente de España al terminar el año de 1874.

En Andalucía y en Extremadura se continuaban haciendo grandes esfuerzos para provocar la guerra civil; en Castilla la Nueva no dieron otro resultado las algaradas de Villalain que vejar á los pueblos y el escandaloso proceso que se formó á aquel caudillo: el jóven don Amador Villar, procedente de ingenieros, púsose al frente de una columna mas numerosa que bien organizada, por los elementos de que se componia, y efectuó con ella movimientos atrevidos, penetrando en poblaciones importantes, sin que fueran obstáculo á sus correrías el Guadiana, el Bullaque y el Guadalupe, sabiendo eludir con pasmosa actividad y no comun inteligencia la persecucion mas activa, hasta que en Piedrabuena le destruyó la columna del coronel Melguizo, quedando en su poder 200 pri-

sioneros; en Castilla la Vieja operaban mas de 3,000 infantes y 200 caballos, si bien muchos de aquellos eran mozalbetes y armados no pocos con palos; se llevaban de estos reclutas á Vizcaya; produjo esto reclamaciones, disgustos y graves disidencias que esterilizaban los esfuerzos de las juntas, y aunque en Asturias y Galicia iba aumentando el movimiento carlista, á pesar de las dificultades con que luchaban para reunir armas y lo poco que hacían las juntas, las rivalidades entre los mismos carlistas eran uno de los mayores obstáculos que se oponían para la organizacion de sus fuerzas. Merodeaban algunos partidarios que reclutaban mozos, se invadieron poblaciones como Ribadesella, pero no prosperaba la causa carlista en aquella region, ni se pudieron ejecutar los infinitos planes que se formaron, aun cuando para la ejecucion de algunos se reunieron fondos y se invirtieron en distinto objeto para el que se habian pedido.

#### CAPITULO IV

Mando de los generales Zavala y Laserna.—Pronunciamiento alfonsino.—Pacificacion del Centro y Cataluña.

Poco preocupados los carlistas del Norte con lo que en el Centro pasaba, se consideraban suficientes para vencer y se atrevían á sitiar y bombardear poblaciones como Hernani y Guetaria, á las que se pudo atender algun tanto, gracias á no haberse realizado el proyecto que tuvo Concha de retirar las tropas liberales de la línea de Hernani á Irun, á lo que se opuso la junta de armamento y defensa de San Sebastian. Esta comenzó en seguida á ejecutar las fortificaciones que se necesitaban para asegurar la conservacion de tan importante línea, que, á haber sido abandonada, hubiera experimentado la causa liberal un terrible golpe.

Concha tenía la seguridad de derrotar á los carlistas y acabar la guerra: su muerte variaba las condiciones de esta, porque era un valioso triunfo para aquellos. Año y medio hacia que empezaron la lucha 27 hombres; antes de un año solo pudieron reunir tres batallones en la frontera para recibir á don Carlos, y ahora, el 20 de julio de 1874, al pié del Monte Jurra, en una extensa llanura inmediata al monasterio de Irache, revistaba, con doña Margarita, 28 batallones de distintas provincias, 7 escuadrones y 3 baterías de montaña, formando un total de mas de 20,000 hombres. Aun habia algunos miles mas en Vizcaya y Guipúzcoa.

Por entonces se empezó á organizar perfectamente la artillería, teniendo para montaña los cañones ligeros y de grande alcance de Whitworth, de á cuatro, que, aunque no tan excelentes como los de Plasencia, eran buenos, y para batalla y sitio los Woolwich de á ocho y los Wavasseur de á siete, reuniéndose á principios de julio, solo en el Norte, mas de 50 cañones, entre los desembarcados, los cogidos á los liberales y los hechos en Azpeitia y Arteaga. Esta artillería se aumentó á poco con cerca de 100 piezas; y como contaban los carlistas con unos 30 jefes y oficiales del cuerpo de artillería, se crearon baterías montadas y de montaña. Dirigia esta arma don Juan M. Maestre, que montó talleres, fábricas de fundicion, de proyectiles, de elaboracion de cartuchos, de cureñajes y de cuanto era necesario.

Lisonjeados los carlistas con la victoria que acababan de obtener en los campos de Abarzuza, les satisfizo el triunfo, y no se atrevieron á seguir tras el lastimado ejército liberal: prefirieron fortificarse en su territorio, estableciendo líneas militares y aislando á las capitales en ellas enclavadas. Se enviaron á sus respectivas provincias algunas fuerzas; se permitió la rebaja del servicio para hacer la recoleccion de cereales, y en cuanto á operaciones militares, se inició una inamovilidad enervante. Y era cuando mas elementos reunían, porque ningún jefe liberal tuvo á su frente en el Norte, tan numeroso ejército carlista, y nunca, sin embargo, se disminuyeron mas las fuerzas liberales.

A reemplazar al marqués del Duero corrió el de Sierra-Bullones, encontró al ejército en Tafalla, le reorganizó, infundió energía en su espíritu, afirmó la disciplina y atendió á constituirse sólidamente. Avanzó haciendo entrar en línea al primer cuerpo, situándolo en Artajona, Larraga y Lerin; y



marchando con el segundo hacia Logroño, emprendió el irremisible trabajo de formar almacenes de víveres y municiones, y solidificar su base de operaciones. Las necesidades de la guerra en el Centro y Cataluña, y otras atenciones, habían disminuido considerablemente el ejército del Norte, hasta el punto de tener que limitarse Zavala á una defensiva activa hasta recibir refuerzos y organizar un tercer cuerpo, que le permitiera tomar la ofensiva. No dejó por esto de acudir á cuantas necesidades tenían sus tropas y el territorio donde operaba, como á hacerse respetar de sus enemigos: introdujo numerosos convoyes en Pamplona; no recuperó La Guardia, porque no entraba en su propósito entablar un sitio, ni distraer las fuerzas separándolas de la línea del Ebro, dando lugar á que los carlistas realizasen sus proyectadas expediciones, ganando una delantera que no podría recuperarse, y persuadido de que sus enemigos no querían ni podrían conservar La Guardia, como así sucedió, y atendió á abastecer á Vitoria, como lo hizo, para asegurar este importante punto estratégico. A la vez, de orden del general en jefe, venció Moriones en Oteiza á los carlistas, cuya derrota no les afectó mucho, preparándose para nuevas empresas y ocupándose especialmente en estrechar el bloqueo de Pamplona. Pérula efectuó una atrevida excursión á Calahorra, burlando la vigilancia del primer cuerpo de ejército, que confió demasiado, y Zavala arrojó mas allá de Tuyo á los carlistas que pretendieron estorbar el paso del convoy que condujo hábilmente á Vitoria, continuando en su línea el ejército del Norte, único amparo de la causa liberal. Tenía aquel que rehacerse é imponerse para que el país y su gobierno se sobrepusieran de la grave situación que atravesaban: y sin la enérgica y acertada dirección que se le dió, sin conducirlo de modo que su enemigo no aprovechara las ventajas que había conseguido y en que estribaba la verdadera ciencia militar, las consecuencias hubieran sido funestas irremisiblemente; porque dado el propósito de llevar los carlistas la guerra al interior, no hubiera sido posible orden ni administración alguna, ni se habría sacado la quinta que sirvió despues para terminar la guerra. España entera adquirió tan profunda convicción de estas verdades, que se la vió, con asombro de los hombres pensadores, reducirse voluntariamente á la obediencia, sin que fuese menester dictar providencias enérgicas para castigar desmanes que no se repitieron. En perfecta armonía en estas penurias, y dado por supuesto que nada había sucedido que obligase al ejército á retraerse ni á dudar de su poder, fortificó su base de operaciones, proveyó sus almacenes, creándolos, condujo convoyes importantes, se constituyó con la solidez que le faltaba, campeando con bizarro desahogo, venciendo las dificultades que se le opusieron, y hasta manifestando, que si no tomaba la ofensiva, en realidad imposible, era por hallarse ocupado en el mas grave de los empleos, en afirmar sus comunicaciones y su línea de partida, sus hospitales, sus parques, sus subsistencias, primera necesidad de todo cuerpo de tropas, pero de las que no halló ni rastro siquiera cuando tan gentilmente entró en línea, partiendo de Tafalla y dominando el terreno de sus operaciones desde Pamplona á Vitoria, asegurando tambien á Bilbao de otro sitio necesitado de pronto remedio. Para saber estimar lo que el ejército del Norte hizo en 40 días, débese tener en cuenta que el general Concha levantó todas las guarniciones, y fiando á un solo golpe el resultado que se proponía, no se ocupó de establecer ni consolidar su base de operaciones.

Motivos políticos indujeron á Zavala á dejar la presidencia del Consejo de ministros y el mando del ejército, que era lo que mas le lisonjaba, y con el que confiaba, una vez recibidos los refuerzos que se le destinaban, penetrar en el país dominado por los carlistas y derrotarlos, no permitiéndose vagar hasta conseguirlo. Reemplazólo don Manuel de Laserna, que no pudo emprender por el pronto operación alguna, hasta que para auxiliar el paso de un convoy que se ofreció llevar Moriones á Pamplona, se movió sobre los Arcos. Efectuóse perfectamente la operación, y no suponiendo Laserna que se detuviese Moriones en la capital de Navarra un día mas de lo convenido, se retiró de los Arcos sin trabar combate con el enemigo. A haber tenido fuerzas suficientes, la reunion de

todos los carlistas en el Carrascal habria permitido al ejército un movimiento de avance rápido, caer sobre Estella indefensa, y continuado hasta tomar posición en Puente la Reina.

Marchó, pues, Moriones á Pamplona y tuvo que reñir ruda pelea con los carlistas en Biurrun, no quedando victorioso, aun cuando pasara el convoy en su mayor parte. A ser otro el comportamiento de algunos liberales, no triunfaran sus enemigos. Hubo incidentes notables, de heroísmo unos y de amilanamiento otros, y momentos en que el ejército liberal pudo haber obtenido una excelente victoria ó experimentado un terrible desastre. En amargo llanto prorumpió un general y si no fué por flaqueza propia ó debilidad de su gente, lamentaria quizá lo adverso de su fortuna.

Al regresar Moriones de Pamplona, peleó de nuevo con los carlistas que le esperaban en excelentes posiciones parciales, de que aquel se fué apoderando hasta el monte de San Juan. En esta posición, si bien hubo fuego, no le sostuvo el liberal mas que el tiempo preciso para replegar sus fuerzas, ya dueño de dicho monte, que defendió hasta que las que marchaban por la carretera llegaron y tomaron posiciones en los pueblos casi unidos de Barasoain y Garinoain, desde donde destacó una división á Pueyo. Esta retirada por escalones, perfectamente ordenada por un terreno dispuesto favorablemente por la naturaleza, y en un trayecto de poco mas de una legua, no ofrecía á los carlistas ocasion de lastimar á los liberales, mayores tambien en número, teniendo sus enemigos 11 batallones, cuatro escuadones y una batería de montaña.

En el desfiladero del puente de Mendivil, se recrudeció el combate: considerables fuerzas carlistas se corrían por el Carrascal y descendían de las montañas de Unzué, tratando de envolver la derecha liberal, lo que impidió la brigada Ota. En Pueyo pudieron haber sido molestados los liberales mas de lo que lo fueron; pero tambien en los hechos de armas se reflejaban las rivalidades y disgustos que entre los carlistas reinaban. Contaron en esta acción los carlistas mas de 200 bajas, no teniendo tantas los liberales. Los heridos de estos quedaron en poder de sus enemigos, tratados como la humanidad aconseja.

Dueños los carlistas de la línea del Carrascal, dispusieron su atrincheramiento partiendo del monte de San Cristóbal de Cirauqui, ó sea de Esquinza, y terminando en la Peña de Unzué, para que fuese una verdad el bloqueo de Pamplona, y poder resistir á las fuerzas que en su auxilio acudieran aunque fuera por la parte de Sangüesa, ante cuya eventualidad estaba previsto el cambio de frente que debían ejecutar para establecer una segunda línea oblicua que partiendo de la ermita y pueblo de Añorbe fuese á morir á la venta del Portillo, con una saliente de toda la sierra del Perdon.

Deseando Laserna apoderarse de La Guardia, puso en acertado y combinado movimiento todas las divisiones de su ejército; abandonaron los carlistas la plaza, lo cual amotinó algunas fuerzas de aquellos, y lisonjeado el jefe liberal con el éxito obtenido y el que se prometía continuando las operaciones, tuvo que renunciar á ellas por carecer de fuerzas (1). Convino Laserna con Moriones en que la situación del enemigo era arriesgada y oportuna la ocasión para flanquear la posición del Carrascal, que si Mendiri se obstinaba en defender-

(1) Componíase el ejército de dos cuerpos; el primero, que operaba en Navarra, constaba de dos divisiones de infantería con ocho batallones cada una y una brigada de vanguardia con cuatro: el segundo cuerpo, que fué el que operó sobre La Guardia, le constituían otras dos divisiones de seis batallones cada una y una brigada de vanguardia, habiendo además una división de vanguardia con ocho batallones. Suponiendo á cada uno de estos 500 plazas, arrojaban un total de 20,000 infantes, mas seis compañías de ingenieros, 1,500 caballos y 90 piezas, 30 de ellas de montaña. La organización que se dió entonces al ejército paralizó algun tanto las operaciones, y la falta de recursos entorpecía las fortificaciones de Logroño, Miranda y La Guardia, empezadas las de ésta á costa de los pueblos de la Rioja alavesa: por la misma falta no se podían colocar los aparatos telegráficos entre Logroño y La Guardia, y para abrir la comunicación de Vitoria con Miranda, por lo que instaba el gobierno, había que fortificar la Puebla de Arganzon y construir algunos blocaus en las alturas que la dominan y algun otro fuerte en posición conveniente, y no había dinero.

la, podría sufrir un serio descalabro y perder su artillería, produciéndose consecuencias terribles para los carlistas, atendida la discordia que en ellos reinaba; pero tambien convinieron en que se carecía de los elementos necesarios para tal operación; de aquí la forzosa inacción del ejército liberal.

Sin que esta favoreciera mucho á los carlistas, para sacarle de ella propuso Mendiri el ataque á Irun, que se prefirió al de Hernani. Establecidas las baterías y dispuesto todo para la acometida, comenzó esta el 4 de noviembre, en celebridad del Santo de don Carlos, que acudió á presenciar la conquista. Cinco baterías atacaban á aquel pueblo, dotadas con 22 obuses y cañones, que arrojaron en siete días 4,500 proyectiles contestados con 600 por las pocas piezas que defendían la plaza, cuya guarnición era pequeña, pero valiente y decidida.

Al saber Laserna el bombardeo de Irun, embarcó en 33 trenes parte de sus tropas, que en cuanto llegaron á Santander pasaron á bordo de los buques preparados, desembarcando en San Sebastian: halló el jefe liberal á su enemigo fuertemente atrincherado en su extensa línea, si bien cometiendo los carlistas un gran yerro en no construir un reducto ni obra formal en el alto de Jaizquível, donde se apoyaba su derecha, y era el flanco donde morían las trincheras; atacaron los liberales las formidables posiciones de San Márcos, de que se fueron apoderando á costa de 109 bajas, y al atacar la Portilla á los carlistas por su derecha, ó sea por Jaizquível, cuya ascension favoreció una densa niebla, rebasó felizmente y sin combatir apenas las trincheras enemigas, teniendo los carlistas que abandonar las posiciones de aquella parte para no quedar cortados y prisioneros. Loma se apoderaba á la vez de Oyartzun, Blanco avanzaba hacia el collado de Gainchusqueta, simulando un ataque de frente á sus trincheras, restaba á Laserna apoderarse del monte de San Marcial que no defendieron debidamente los carlistas, á pesar de haber en su mediación 13 batallones, y los liberales, tomando por distintos lados la subida, se apoderaron, arma al hombro, de aquella célebre altura.

El triunfo de los liberales fué completo, y no á mucha costa; y si no fué grande la pérdida material de los carlistas, padeció mucho su fuerza moral ante los franceses que presenciaron la embestida á Irun y la retirada.

Las tropas victoriosas que hacia dos días que no recibían socorro por falta de dinero, se encontraron en Irun sin paga y ración: no pudo estar mas completamente desatendido el soldado. Amaneció el día siguiente 12 noviembre lloviendo en los valles y nevando en los montes de Aya, y como ni la salvación de Irun ni la de San Marcial podían satisfacer como único resultado del triunfo obtenido, no solo era conveniente, sino hasta necesario seguir tras los vencidos hasta Vera; mas el temporal y la carencia de víveres impidieron el movimiento, adoptándose la funesta resolución de regresar á San Sebastian. Aquí se embarcó el ejército para Santander y siguió á cubrir las líneas del Ebro.

Peleóse en Guipúzcoa, en San Marcial y en Urrueta, en Vizcaya, en Ubedamburu y Santa Marina; pero no era el Norte el que por entonces llamaba la atención del gobierno: abrigaba la creencia de que conseguida en una ó dos campañas la pacificación del Centro y Cataluña, podía caerse despues con todas las fuerzas y sobre Navarra y las provincias Vascongadas donde los carlistas, quebrantados y cansados, no podrían resistir mucho tiempo. Reprodujéronse antiguos planes, ó se formaron muy análogos á los de Narvaez y Córdova en la anterior guerra civil; dedicóse el ministro de la Guerra señor Serrano Bedoya á su realización, aprestando cuanto era necesario, sin desatender al ejército del Norte, el que reforzó con 32 batallones, adoptando un plan de campaña envolvente que teniendo por objetivo del movimiento y obligado el levantamiento del asedio de Pamplona, debía poseerle de las importantes líneas del Ega, bajo Arga, y del Zadorra primero, y de la de Zubiri despues, con facilidad de apoderarse de la artillería que al enemigo seria difícil retirar del Carrascal, y tambien quizá de Estella, en cuyo caso, quedaba quebrantado notablemente é introducido el desconcierto en sus filas, y era evidente la conclusion de la guerra. Solo dependía de la estación el principio de estas operaciones.

Arreciaban en tanto los trabajos de conspiración alfonsina, que obligaban al ministerio, al ver la ineficacia de su circular del 2 de noviembre, á pasar el 26 otra reservada á los gobernadores civiles, en la que, despues de exponer lo mal que correspondían á la tolerancia del gobierno los partidos de oposición en momentos tan difíciles, añadía: «Si sus trabajos para destruir la obra de la revolución de 1868 se hubieran mantenido en el terreno que la prensa y la discusión ofrecen en todos los países libres al explanamiento de las ideas, el gobierno hubiera permanecido tranquilo espectador del deber y del ejercicio de los que consideraba sus derechos; pero lejos de esta templanza, de esta calma, que no solo el estado excepcional del país exigía, sino que ya había sido aconsejada por el gobierno en repetidas y razonadas órdenes, una fracción del partido llamado alfonsino, olvidando los consejos de la razón, desoyendo el grito del patriotismo ante el espectáculo de este país desangrado por la terrible lucha civil, anteponiendo su interés de bandería á todo sentimiento de abnegación y al bien público, apartándose de la noble conducta que aun individuos de su partido aconsejaban, no solo continúa en su propósito de combatir al ministerio, conducta que este respetaría, sino que cegado por la pasión, agita al país, perturba la política generosa y patriótica de un gobierno que no impone soluciones, y que solo exige el aplazamiento de las cuestiones políticas hasta acabar con el comun enemigo....» Para evitar este mal se disponía el destierro á otras provincias de los individuos de los comités alfonsinos y de cuantos les ayudaran, y así se ejecutó, lo cual en nada imposibilitó los trabajos de conspiración, en la que se mostraban impacientes los moderados, con los que se concertó el señor Cánovas del Castillo, y al que dieron grandes disgustos, que no merecía seguramente, indignándose con razón con quienes «despues de haber defendido flojamente el trono de doña Isabel II, nada habían sabido ni podido hacer para levantar el de su agosto hijo (1)». Cánovas había dicho á don Alfonso que *no entendía apelar á conspiraciones, ni las toleraba siquiera*, para restablecerlo en el trono; pero no pensaban así otros y particularmente los generales Balmaseda y Martínez de Campos. No habiendo conseguido este, en las veces que lo intentó, efectuar un pronunciamiento en el ejército para proclamar á don Alfonso, lo pretendió de nuevo en Tafalla ante el cadáver del marqués del Duero que no había consentido lo que consideraba entonces un atentado político. Superior á todos el señor Cánovas del Castillo, decía con profunda convicción á los que de insurrecciones le hablaban: *para realizar el derecho no se necesita derramar sangre; basta con saber esperar*. Dirigiéronse por personajes alfonsinos felicitaciones á don Alfonso con motivo de su cumpleaños; su contestación fué un manifiesto (2), el cual, y la salida á poco del presidente del Poder

(1) Historia de la Restauración, por el señor don Federico Díez de Tejada.

(2) *Carta de don Alfonso de Borbon.*—«Sr. D.... He recibido de España un gran número de felicitaciones con motivo de mi cumpleaños, y algunas de compatriotas nuestros residentes en Francia. Deseo que con... sea V. intérprete de mi gratitud y de mis opiniones.

Cuanto me han escrito me muestran igual convicción de que solo el restablecimiento de la monarquía constitucional puede poner término á la opresión, á la incertidumbre y á las crueles perturbaciones que experimenta España. Dícenme que así lo reconoce ya la mayoría de nuestros compatriotas, y que antes de mucho estarán conmigo todos los de buena fe, sean cuales fueran sus antecedentes políticos; comprendiendo que no pueden temer exclusiones ni de un monarca nuevo y desapasionado, ni de un régimen que precisamente hoy se impone, porque representa la unión y la paz.

No sé yo cuándo ó cómo, ni siquiera si se ha de realizar esa esperanza. Solo puedo decir que nada omitiré para hacerme digno del difícil encargo de restablecer en nuestra noble nación, al mismo tiempo que la concordia, el orden legal y la libertad política, si Dios en sus altos designios me lo confía.

Por virtud de la espontánea y solemne abdicación de mi augusta madre, tan generosa como infortunada, soy único representante y del derecho monárquico en España. Arranca éste de una legislación secular, confirmada por todos los precedentes históricos, y está indisolublemente unido á las instituciones representativas, que nunca dejaron de funcionar legalmente los treinta y cinco años trascurridos desde que comenzó el reinado